

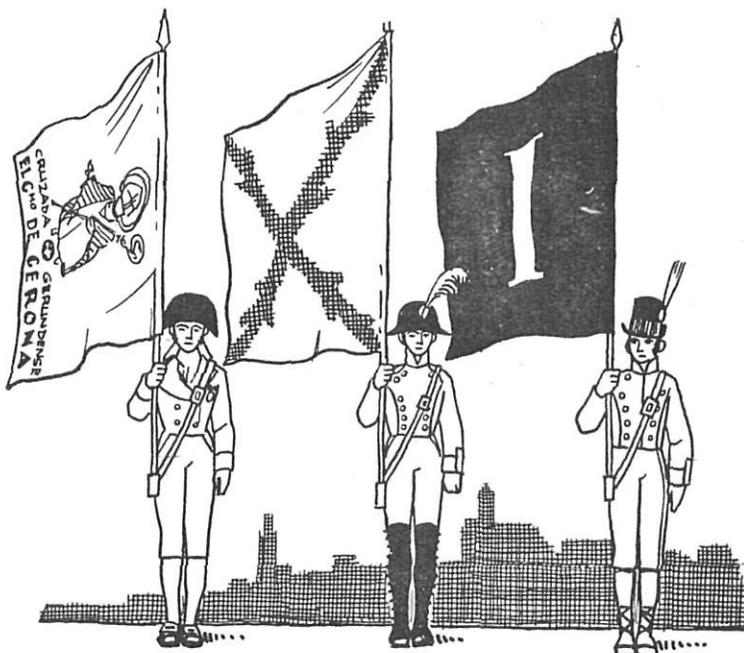
Los Cuerpos defensores de Gerona durante los Sitios de 1808-1809

Por JOAQUIN PLA DALMAU

Existe una bibliografía muy completa dedicada al estudio de los Sitios de Gerona en 1808-1809. Pocos episodios de la historia gloriosa de nuestras armas han merecido una dedicación tan brillante y exhaustiva.

Pero, quizá, dentro del panorama general de tantas publicaciones, ha quedado sin llenar el hueco que representa el estudio de los Cuerpos que tomaron parte en tan memorable efeméride. La reseña histórica y la crítica de los hechos de armas, y la monografía biográfica de los mandos ha atraído la atención de nuestros estudiosos y se ha dejado de lado el estudio de aquellos Regimientos y Batallones que ofrecieron su tributo de valor y sangre para que pudieran escribirse las páginas heroicas de la epopeya y las biografías de los hombres destacados.

No entra en nuestro propósito, ni nuestra limitada preparación lo permite, afrontar el tema a que nos estamos refiriendo, en toda su plenitud; pero sí que nos permitimos trazar un breve ensayo sobre los Cuerpos defensores de Gerona, con la confianza de que otras plumas más doctas aprovecharán nuestra iniciativa y nos ofrecerán, un día, el estudio definitivo sobre aquellas unidades militares, integradas por anónimos soldados — la mayoría antepasados nuestros — que confirmaron, de manera rotunda, aquél concepto que define al Ejército como «el pueblo en armas».

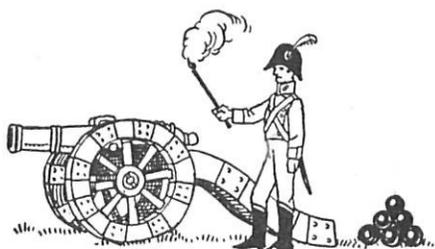


Banderas de la Cruzada Gerundense, Regimiento de Ultonia y del 1er Tercio de Miqueletes.

* * *

Antes de entrar de lleno dentro de nuestro tema de los «Defensores de Gerona», permítasenos un breve esbozo sobre la situación militar de España al iniciarse la Guerra de la Independencia.

Nuestro Ejército, que había superado las etapas difíciles de la Campaña del Rosellón y de los Pirineos, acababa de ver cómo se malograban sus esfuerzos sacrificados en aras de una paz política firmada en Basilea. La nueva alianza con Napoleón nos exigió la entrega de la élite de nuestras tropas mandadas al norte



Artillería de campaña 1808

de Europa bajo el mando del Marqués de la Romana; mientras que nuestra Escuadra recibía, junto a la francesa, el rudo golpe de Trafalgar. Poco después, desquiciado el sistema defensivo del País, entraban los franceses en España bajo el pretexto de la conquista de Portugal.

En 1808 nuestro Ejército metropolitano contaba con las unidades siguientes:

40 Regimientos de Infantería de línea (de ellos 3 irlandeses).

12 Batallones de Infantería ligera.

6 Regimientos de Infantería Suiza.

50 Batallones de milicias provinciales.

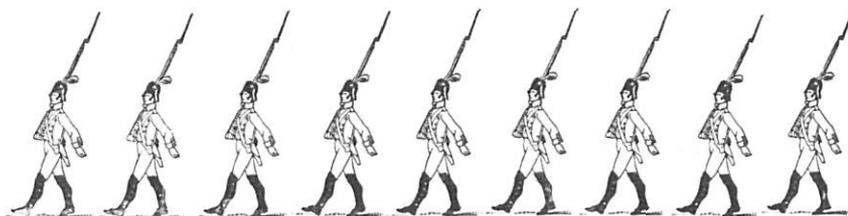
24 Regimientos de Caballería.

4 Regimientos de Artillería.

15 Compañías fijas de Artillería.

1 Regimiento de Ingenieros.

Del total de estas unidades hay que descontar, si se quiere tener una idea exacta de la guarnición de la Península, las tropas destinadas a Baleares, a Canarias, a las Posesiones de Africa



Infantería de línea española

y las que componían el Cuerpo del Marqués de la Romana. Además, por necesidades de la guerra que veníamos sosteniendo contra Inglaterra, el dispositivo logístico español había concentrado la mayoría de unidades eficientes en lugares tan poco propicios para hacer frente a una invasión francesa como son Galicia, Sur de España y Mallorca.

No existía ninguna unidad orgánica superior al Regimiento y todo cuanto se había ensayado para agrupar a los Cuerpos había sido, en tiempo de guerra, la reunión de regimientos bajo un mando transitorio y ocasional, y, en tiempo de paz, la creación de «campos volantes», lugares de concentración de tropas sin otra pretensión que la de procurar una mejora en la instrucción y en la disciplina y sin ninguna aspiración orgánica que los presidiera.

Por las cifras que hemos señalado al dar la relación de unidades del Ejército Español en 1808, aún teniendo en cuenta las numerosas unidades que se hallaban fuera de la Península, podría creer el lector que, si bien no podíamos enfrentarnos con un Ejército como el de Napoleón en 1808, disponíamos de una fuerza considerable que podía dar una réplica discreta a las divisiones francesas.

Desgraciadamente no era así. Nuestros regimientos no eran tales en el estricto concepto de esta unidad. Su fuerza era muy desigual y, en muchos de ellos, no ascendía a un número mayor de tres o cuatrocientos hombres. La Caballería estaba prácticamente desmontada; el hecho de que todos los regimientos tuvieran que desprenderse de sus mejores caballos para poder organizar el Cuerpo del Marqués de la Romana, da la mejor idea del estado real del Arma. La Artillería era francamente exigua y eran muy pocas las baterías que estuviesen en condiciones de salir de operaciones.

Por otra parte, las unidades estaban sometidas a un constante deambular de un lado para otro de la Península, por razones de tipo político; y, dentro de un mismo Cuerpo, era muy frecuente encontrar sus batallones dispersados y separados por centenares de kilómetros.

La calidad del soldado era decididamente mala. Si procedía de quintas, dadas las irregularidades con que se verificaban los sorteos, constituían la escoria de las poblaciones. Si procedía del cupo de voluntarios acostumbraba a tener mucho más de aventurero que de soldado. Y un contingente bastante considerable de tropa estaba sirviendo en el Ejército en «cumplimiento de condena impuesta por los Tribunales».

La oficialidad, que poseía el mejor espíritu castrense, adolecía de la exigua preparación que le proporcionaban las academias regimentales.

Frente a este triste panorama militar se alineaba el Ejército más poderoso de Europa. Un ejército que conocía ya la organización en Cuerpos y Divisiones permanentes, que contaban con una proporción importante de artillería (6 piezas por cada 1.000 hombres); un ejército, en fin, organizado y mandado por el capitán del Siglo, Napoleón Bonaparte.

Frente a la desorientación y falta de un criterio logístico y estratégico de nuestras tropas, se ofrecía un plan perfectamente maduro de los franceses: ocupación del centro de España y Reino de Portugal por un grupo de siete Cuerpos de Ejército y un esfuerzo secundario encaminado a evitar una sorpresa por los Pirineos Orientales y, a ser posible, ocupación de Barcelona.

Contra esta abrumadora superioridad francesa, la inspiración española buscó el equilibrio en el campo táctico. Mientras los franceses, acostumbrados a operar contra otros ejércitos cortados «a su patrón», buscaban la batalla campal para conseguir una ventaja, los españoles «hurtaron el cuerpo» escudándose en la ventaja que les proporcionaba la guerrilla, la sorpresa y el amparo de algunas posiciones fuertes.

Esta diferencia de tácticas quitó importancia a las batallas verdaderas. Si se producían, eran



Diferentes estamentos de la Cruzada Gerundense

poco rentables para las armas de Napoleón. La estrategia perdió importancia y los franceses tuvieron que desarticular sus unidades para dedicarlas a una lucha contra guerrilleros y partidas.

Pero para que esta situación se produjera fué preciso que todo el pueblo español tomara las armas. Se levantaron guerrillas, se organizaron unidades elementales y, poco a poco, entre guerrilla y guerrilla, fué creándose el auténtico ejército que, ya curtido y adiestrado, pudiera derrotar a los napoleónicos en los Arapiles, en la Albuera, en Vitoria y San Marcial.

* * *

Y si hemos intentado abocetar el panorama nacional que se ofrecía en el momento de iniciarse la guerra de la Independencia, bueno será, también, dar un rápido bosquejo del estado militar del Principado de Cataluña en el momento de disponerse a la lucha contra el Séptimo Cuerpo de Ejército Francés que, sin lucha, y con toda premeditación, ocupó Barcelona y se hizo dueño del Castillo de Figueras.

Las tropas españolas estacionadas en Cataluña eran las siguientes:

Tercer Batallón de Guardias Españolas, en Barcelona.

Segundo Batallón de Guardias Walonas, en Barcelona.

Regimiento de Infantería Extremadura, en Tárrega.

Regimiento de Infantería Ultonia, en Girona.

Regimiento de Infantería Suiza Wimffen, en Tarragona.

Tres escuadrones de Caballería de Borbón, en Barcelona.

Primer Regimiento de Artillería (2 Bases.), en Barcelona, con destacamentos en Tarragona, Seo de Urgel, Rosas...

Compañía fija de artillería de Figueras, en Figueras.

Unos ocho mil hombres en total; fuerza exigua para hacer frente al 7.º Cuerpo francés si se tiene en cuenta dos circunstancias que se produjeron desde el primer momento:

a) Pérdida o disgregación de todas las unidades acantonadas en Barcelona.

b) Imposibilidad de recibir refuerzos del resto de la Península por estar empeñadas esas tropas en hacer frente al ataque principal de los franceses.

Podía contarse, sin embargo, con la esperanza de que llegara algún refuerzo de Baleares. Había allí una guarnición considerable concentrada con motivo de la guerra contra los ingleses (en total unos 8.500 hombres y 600 caballos).

Cataluña quedó, desde el primer momento, a merced de las tropas francesas. Pero éstas, excesivamente impuestas de la importancia de la plaza de Barcelona y del Castillo de Figueras, dejaron sin ocupar otros puntos clave, lo que permitió se produjeran los primeros chispazos del alzamiento.

En Lérida, en Vich, en Manresa, en Gerona se levantó el estandarte de la independencia y se organizaron juntas de defensa, cuya primera medida fue la de organizar tropas de migueletes y de somatenes para iniciar la lucha contra las huestes de Napoleón.

Pero estos alzamientos fraccionarios, con marcado carácter cantonal, si bien podían dar un resultado aceptable por lo que a la defensa de cada población se refiere, no podían tener ninguna aspiración de librar a Cataluña de la ocupación francesa. Un gran paso se dió al constituir en Lérida la Junta Suprema del Principado para que aunara los esfuerzos dispersos y organizara la fuerza que pudiera hacer frente a los soldados de Francia.

La Junta Suprema del Principado de Cataluña acordó en su primera reunión (20 de Junio de 1808) levantar un ejército de 40.000 migueletes distribuidos en 40 tercios de 1.000 hombres. Por una orden del 23 de junio de 1808 fijó muchos detalles sobre la organización de estas fuerzas: cada tercio debía constar de 10 compañías con un capitán, un teniente, un subteniente y cien hombres; la plana mayor del tercio debía nombrarla el Capitán General y la Junta del Corregimiento, respectivo; cada pueblo debía enviar el cupo de migueletes que se le asignara dentro de un plazo de seis días; fijaba los sueldos, uniforme (chaqueta de paño burel como única prenda mientras no se confeccionaran los uniformes definitivos), forma y color de las banderas que debían ser negras con una cifra romana en blanco que especificara el número del Tercio...

El plan inicial de la Junta Suprema fué realizado tan sólo en parte, después de un tiempo muy considerable y tras numerosas modificaciones. Una de ellas, y la citamos para dar idea de la desorientación que reinaba en el seno de la Junta, fué la que motivó la Instrucción de 18 de julio de 1808 que reducía los tercios a cinco compañías de 200 hombres. Prueba evidente de que se había tropezado con la dificultad de formar unos cuadros de mando eficientes.

Los tercios que, en realidad, se organizaron, no fueron los 40 previstos, sino unos 28 de los cuales algunos, como el 3.º de Gerona, 3.º de Lérida, 3.º de Vich y otros, no superaron la fase de organización.

De la marcha de la formación de los tercios de migueletes da una idea bastante exacta un Bando publicado en Gerona el 10 de noviembre y firmado por el General Bolívar en el que se



Migueletes de Cataluña

conminaba a los bayles de los pueblos a presentar en un plazo inferior a los ocho días el cupo de migueletes que aún faltaba para completar el primer llamamiento. En la parte expositiva de este Bando se reconoce que están aún sin completar el 1.º y 2.º Tercios de Gerona.

La desorientación que había en la cuestión del reclutamiento salta a la vista con solo echar un vistazo a la multitud de planes y órdenes que constantemente se iban promulgando. Así, por lo que a Gerona se refiere, conocemos una Orden del General Botivar en la que dispone la formación de 67 compañías de cien hombres cada una, integradas por migueletes de todas las poblaciones del corregimiento. Esta orden, que lleva fecha de 13 de junio de 1808, fue dada siete días antes de que la Junta Suprema del Principado dictara la suya ordenando la leva de los 40.000 migueletes.

Como, probablemente, la orden anterior no diera el resultado que era de esperar, se publicó una circular, que lleva fecha de 4 de julio de 1808, pidiendo la formación de quince compañías

de somatenes, de las que, según parece, sólo llegaron a formarse doce. Aunque casi inmediatamente (el 10 de julio de 1808) se ordenaba que, en lugar de somatenes, se organizaran compañías de migueletes (gente sujeta a una ordenanza) sin perjuicio de que los somatenes hicieran su servicio cuando hubiera lugar...

Encontramos aún nuevas órdenes y nuevos llamamientos para la incorporación de combatientes: la del 14 de noviembre de 1808 de la Junta de Gerona pidiendo 1220 nuevos migueletes además de los que faltan del primer cupo, y la de 5 de enero de 1809 firmada por el Capitán General ordenando la consecución de la quinta de los 40.000 hombres.

Por los datos que anteceden, pudiera parecer al lector que el pueblo no correspondió a los llamamientos que se le hicieron para que se incorporara a la lucha. Nada más lejos de la realidad: lo que ocurría es que no había un criterio central y firme para el reclutamiento y había una verdadera disparidad de opiniones y puntos de vista entre las juntas locales, la Junta Suprema y las unidades del ejército regular.

Mientras las juntas locales insistían sobre la necesidad de tener tropas para la defensa de su población, la Junta Suprema (con una mejor visión global) se afirmaba en su criterio de llegar a organizar un verdadero ejército y los mandos militares profesionales defendían la tesis de que tan sólo podían esperarse buenos resultados de los contingentes que se encuadraran dentro de los cuadros de mando regimentales.

Hay que tener en cuenta, además, que en Cataluña hacía cien años que no se realizaban quintas. La gente se ofrecía con entusiasmo para luchar como somatenes, pero rehuía la sujeción a la ordenanza de los migueletes y, muchísimo más, la incorporación a los regimientos.

Buen ejemplo de este estado de cosas lo hallamos en Gerona con la organización de la Cruzada Gerundense. O'Donnell pidió la formación de una compañía de reserva patricia adscrita al Regimiento de Ultonia. Su idea no tuvo éxito. Tan sólo después, cuando Alvarez accedió a la formación de una milicia urbana independiente, se produjo la inscripción en masa de todos los hombres capaces de tomar las armas.

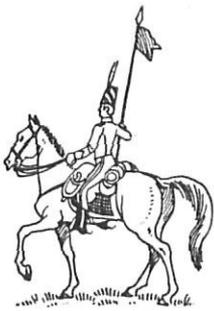
Con todo y con tantas deficiencias de reclutamiento, el catalán luchó con bravura contra el invasor. Los más dóciles acudieron al llamamiento para completar los regimientos o para formar los tercios de migueletes; los más reacios se lanzaron al monte bajo la bandera de una partida de somatenes. Los que por su edad o su salud no podían soportar la servidumbre de la milicia, también supieron ocupar su lugar cuando la lucha se acercó a las murallas de su ciudad.

Quizá la clave de la cuestión que se suscita al estudiar la incorporación del Principado a la lucha contra los franceses, sea la desproporción que hubo entre tantas iniciativas para la formación de cuerpos y el número importante sí, pero limitado, de posibles combatientes.

Cuando leemos los duros reproches que Coupigny lanzaba contra las autoridades gerundenses porque no se llenaban los cupos de hombres para el servicio, nos preguntamos si es que podía aún quedar en Gerona algún hombre útil que no estuviera ya bajo las armas.

Con un criterio único y certero y con unos medios eficientes para imponerlo, el alzamiento del Principado hubiese dado sin duda frutos mucho más precoces y el ejército que intentó organizar la Junta Suprema habría llegado a tiempo quizás, para impedir la rendición de Gerona.

Falló la dirección, falló el mando superior y la epopeya pudo escribirse, tan sólo, con los brochazos de unos cuantos hechos heroicos que buscaron, en vano, el ordenador que compusiera el cuadro de la victoria.



Húsar de San Narciso
1808-1809

